

Vicente  
Sánchez-  
Biosca

## Desiertos

EL silbido del viento suena en el desierto. Al fondo de la imagen, bañada por una tenue luz crepuscular, se perfila aquella conocida imagen de la punta de Manhattan vista desde el camino a la acaso más célebre y kitsch estatua del mundo. Unas rápidas instantáneas nos aproximan hasta que, ya en el corazón de la ciudad, se sucede una lujosa sinfonía de espectaculares *travellings* que nos pasean rozando los rascacielos de esta isla desnuda. Cual astros gélidos y enigmáticos, se alzan sus edificios ofreciéndonos su más acabado diseño. La mirada se desplaza ahora desde los aires hasta el suelo de las carreteras urbanas, completamente deshabitadas. Y, por fin, la atmósfera del ocaso se muda en un aparatoso y sensacional desplazamiento del sol que parece girar sólo para que estos majestuosos edificios proyecten la sombra necesaria. Ni asomo de vida en este paraíso. Jamás Nueva York fue acogida por mejores imágenes. Una vaga sensación de extrañeza invade, sin embargo, estos fragmentos: el vacilante equilibrio que proponen los

dos términos que en ellas se encuentran. Nueva York, la populosa ciudad postmoderna, repleta de rascacielos y ghettos, razas y neones, aparece familiar, reconocible por sus efigies, y, al propio tiempo, extrañamente vacía, como un instante antes de su repoblación o acaso después de acontecida la destrucción humana. Junto a este paraje metropolitano despoblado, casi lunar, se dejan oír los silenciosos ruidos de un desierto que evocan paradójicamente a la gran urbe. Es así como da comienzo un anuncio publicitario de inusual duración para televisión de la casa Sanyo.

Todo lo que sigue es un curioso despliegue de virtuosismo tecnológico logrado merced a un cuidadoso manierismo en el tratamiento de la imagen. Asimilaciones icónicas entre las gloriosas construcciones neoyorkinas y las depuradas líneas de los *compact-discs*, cadenas musicales, mandos a distancia, ordenadores, etc., juego de reflejos múltiples, espejos inesperados en los mismos objetos publicitarios, reproducciones al infinito de las figu-

ras, deformaciones caprichosas al ritmo de una minuciosa cámara que jamás detiene su movimiento y un sintetizador que rellena *in crescendo* el vacío que dejó al principio aquella sugerida imagen del desierto. Un complemento universal acompaña estos virtuosos movimientos, un gesto de orgullo que multiplica a placer las imágenes y las miradas: el uso de las pantallas.

Pero junto a todo ello o, mejor, en el centro, dos figuras a medias humanas son captadas en el movimiento. Sus cuerpos, de tardía aparición, vienen a incrustarse en un ritmo ya establecido al que obedecen humildemente, ora con lentitud ora con celeridad. Incluso las bien diseñadas líneas de sus vestuario se pliegan rigurosamente al buen orden de los volúmenes imperantes en este universo hasta el punto de ser sometidos a las mismas deformaciones que el despliegue manierista impone: ojos de pez, dobles espejos, espejos deformantes... Son, pues, más que cuerpos, volúmenes diseñados, ni siquiera cincelados sobre su decorado, sino plenamente integrados en él, parte del mismo. El ritmo de sus movimientos, por otra parte, no está acompasado por referencia a realidad alguna, sino estrictamente determinado por la maquina cadencia de la cámara. Es un ritmo automatizado, exacto, preciso. Nada evocan sus rostros, exentos de vida, inmutables. Son autómatas. Imágenes siniestras que, sin vida, apuntan al mito tecnológico.

Es esta imagen paradójicamente desértica de la gran y populosa ciudad neoyorkina lo que nos recuerda un mito que la más avanzada publicidad tecnológica está avivando hoy con creciente intensidad: el mito primitivo, primigenio o, si se prefiere, siniestramente arcaico. La nostalgia de primitivismo se anuncia en estas imágenes como antaño se apoderaba del espectador de algunos cuadros, de idéntica profundidad y yermos, de De Chirico. Y es que la tecnología parece haber acaparado los motivos más puros de la sensibilidad moderna o postmoderna: frigididad del diseño, manierismo tecnológico (como alguien dijo en estas mismas páginas), virtuosismo. Y en estas imágenes sofisticadas, planas en su exagerada profundidad, emerge, a pesar de todo, algo salvaje que no está tan lejos del paraje primitivo del alma, algo recóndito que despierta una inexplicable angustia. Tal vez sea ésta la faz primigenia de la más avanzada tecnología y, sobre todo, de su propio mito.



C-2324

Papers de

# ultura



Las señas del IVAM

**PAPERS de CULTURA**

Any II - Núm. 12

Suplement de PAPERS d'Educació

**Director:** Juan Manuel Játiva Sevilla  
**Director adjunt:** Jorge García Disseny i maquetació: Rosa Albero  
**Fotografia:** Andrés Castillo  
**Col·laboradors:** Joan Àlvarez, Gonzalo Badenes, Manuel Caballero, Juan Campos, Alfons Cervera, Elena Costa, Manuel García, Pepe Ginés, Vicente Jarque, Encarna Jiménez, Fernando Larrauri, Víctor Mansanet, Julio Máñez, Rafa Marí, Enric Martínez, Sigfrid Monleón, Josep Vicent Monzó, Abelardo Muñoz, Ricardo Muñoz Suay, María José Muñoz Peirats, Jorge Navarro, Carlos Pérez, Criso Renovell, Josep Ruvira, Roger Salas, Vicente Sánchez Biosca, José Vicente Selma, Rodolf Sirera, Ferran Torrent, Xulio Ricardo Trigo.

La inauguración del IVAM va a cerrar un capítulo importante en la dotación de infraestructura cultural para Valencia. PAPERS se hace eco, en este número, de las características del Instituto y las exposiciones que cubrirán la fase inaugural tanto en el Centro Julio González como en el llamado centro «El Carmen» (páginas 11 a 15). El balance de un encuentro recién celebrado en Barcelona sobre los problemas de los museos de arte contemporáneo, que contó con la participación de destacados especialistas internacionales, supone el contrapunto reflexivo a este informe (páginas 16 y 17).

Manuel Valdés, uno de los talentos indiscutidos del panorama artístico nacional, nos habla de la retrospectiva dedicada por el IVAM al Equipo Crónica, así como de su trayectoria en solitario y de los claroscuros de la cultura artística (páginas 18 a 21).

Desde la perspectiva histórica, cerramos el capítulo sobre las artes plásticas con el investigador Blasco Carrascosa y su reciente estudio de la escultura valenciana en la República, un difícil camino hacia la modernidad (páginas 22 y 23).

La joven poesía valenciana nos visita con Salvador Jáfer, un autor que se mueve entre la ansiedad y el lirismo reposado (páginas 29 a 32). Pilar Pedraza recuerda su deuda con Colette (página 33). Y ofrecemos un recuento informativo sobre la literatura alemana reciente, moda editorial en alza (páginas 34 y 35).

Las huellas del Islam en nuestro mapa cultural van a ser evocadas en el congreso de Onda, dedicado al recuerdo del escritor y político Ibn-Al-Abbar, testigo de la llamada «reconquista» (páginas 36 a 38).

Un cierre musical con colores de aquí es el propuesto por el artículo sobre las últimas batallas del pop valenciano (páginas 39 a 42).

